

EL ESPÓSITO.

PERIÓDICO DE LITERATURA, TEATROS Y MODAS

Á BENEFICIO DE LA CASA DE MATERNIDAD

DE ESTA CIUDAD.

Sale tres veces al mes en los días 10, 20 y 30. Se suscribe en Córdoba en casa de D. Bartolomé Pelta á 12 rs. trimestre llevado á casa de los Sres. Suscritores, y á 15 fuera de ella franco de porte, remitiendo su valor por medio de una libranza sobre correos á favor del Director.

NOTA. No se admiten cartas ni reclamaciones que no vengan franqueadas.

Tenemos el placer de insertar la siguiente composicion que nu stro amigo y colaborador D Victor Balaguer se ha digna o remitirnos á su salida d Barcelona.

ORIENTAL.

«...Hay en el mundo un hermoso jardín sembrado de flores; hay en el un verso un ángel que nos sonríe, y que nos ama; hay en la vida un porvenir que nos guarda ricos tesoros de ensueños y de ilusiones.... Yo amo ese jardín, ese ángel, ese porvenir.

«Mora, la de los ojos brillantes como las estrellas de mi España, la de los cabellos negros como el manto de la noche, la de la voz melodiosa como los sonidos armónicos de una lejana citara; mora, la mi mora, yo adoro tus ojos, tus cabellos y tu voz.

«Hada de mis ensueños, houri de

mis ilusiones, yo te adoro.

«Hay un país lejano donde todo es bello, donde todo respira amor, desde la más pequeña azucena que esmalta sus campos, hasta el último rayo del sol moribundo que juguetea con las hojas de sus árboles.

«Allí hay un cielo que estiene de un manto de brillante azul sobre la verde alfombra de las campiñas, hay unos ríos cuyo plateado espejo nos miente el cristal más puro, y hay una brisa voluptuosa que refrescando nuestras sienas alimenta en nuestro corazón todo el ardor de los hijos del medio-día. Este país es la España, ¡oh amada mi mora, la mi mora, ven á mi España.

«Hada de mis ensueños, houri de mis ilusiones, yo te adoro.

«La trova del cristiano que suspira en los jardines se mezcla con los sollozos de la mora, que abrasa con el fuego de sus mejillas los dorados hierros de la reja del harem...

„Los pálidos rayos del astro de la noche han herido la media luna de un turbante oculto en la espesura, y el rayo que su metal ha despedido ha deslumbrado á la sollozante mora.

—«Calla, calla, cristiano de los ojos negros; tus trovas enardecen mi corazón, pero tu amor mata á la pobre mora. Cristiano, mi cristiano, Alá te guarde del moro que vela en la espesura.

Y el cristiano que no oye la voz amortiguada de su houri, inclina su cabeza melancólica y mezcla sus trovas á la susurrante voz de la brisa nocturna que suspira en los jardines.

«...Mora, mi corazón está triste como un día sin sol, mi frente se inclina como una flor sin rocío, mi vida se apaga como un alma sin esperanza.

«He perdido mis ensueños y mis ilusiones velando en tus jardines. Mis días de sol, mis noches de luz, ¿qué se han hecho?... ¿dó se han ido?

«Mora, la mi mora, vea un rayo de amor en tus grandes y rasgados ojos, y arrollaré al universo entero si el universo entero se opone á mis designios.

«Hada de mis ensueños, houri de mis ilusiones, yo te adoro...

El cantor se aleja, la voz se debilita. Ah! el cristiano de los negros ojos no sabe que la mora vela en la reja de su dorada cárcel, no sabe la hada de sus ilusiones escucha con el corazón palpitante de placer sus sentidas y nocturnas trovas.

—«Cristiano, mi cristiano, Alá te guarde del moro que vela en la espesura.

Mas ¡ay! Solo el eco escucha á la mora y solo el eco de sus jardines le repite las últimas palabras de la trova del cantor.

«Hada de mis ensueños, houri de mis ilusiones, yo te adoro.

—«Esclavo de bronceado color, esclavo cuyo corazón templado en los desiertos de la Arabia no reconoce mas ley que la voz que impele tu puñal, ven conmigo. Mas no... todavía no. Probar debes antes la aguda punta de tu ineparrable compañero en el sólido maderage de la puerta... La hoja se ha clavado hasta el puño... Bien afilado está tu puñal, mi esclavo. Tan temible es el arma que empaña tu mano como la venganza que nutre mi corazón. Vamos pues. El moro vela en la espesura mientras el cristiano suspira al pie de una reja. El moro hiere cuando el cristiano canta. Mi esclavo, ven conmigo...

Ambos se internan en el palacio y recorren silenciosos varios y magníficos aposentos. Caminan uno en pos de otro sin hacerse la menor señal, sin dirigirse la mas leve palabra. Son dos sombras que cruzan los desiertos salones del palacio, son dos cadáveres que andan.

Tropiezan con el cristiano de los ojos negros, y se para el moro á contemplarle. El infeliz duerme, é imágenes de felicidad debe traslucir en su sueño, pues la sonrisa habita en sus labios. Oh! no turbeis su sueño; es tan dulce el breve momento en que olvida sus quebrantos, sus cadenas y su esclavitud!

El moro se ha parado no obstante y el esclavo que le sigue contempla el rostro impassible de su dueño para espiar una pequeña señal que impela su brazo.

—Debo herir?

—No.

Y ambos continúan en silencio

su interrumpido camino...

Los eunucos se inclinan y bajan los ojos al presentarse su señor, abriendo de par en par las puertas del harem. Allí respiran un aire em balsamado; impregnan los salones olorosos perfumes, y visten el suelo finisimas alfombras que apagan el ruido de los pasos.

Una muger duerme reclinada su linda cabeza en su torneado brazo. Una lágrima desprendida de sus ojos quizá pocos momentos antes de entregarse al sueño, brilla en su pálida faz como una gota de rocío en el caliz de una flor.

Oh! quien pudiese beber esa lágrima!

Nada mas hermoso ni mas bello que esa muger. Pálida como una estatua de mármol está tendida sobre anchurosos cojines, y como una estatua de mármol guarda la misma completa inmovilidad. La tristeza habita en su semblante y vive quizá la amargura en su corazón.

La debilitada luz de un perfumado pebetero ilumina la estancia. Oh! qué idea tan triste! A semejanza de una lámpara que alumbraba a la que ha dejado ya de ser.

El moro se para y la contempla. El esclavo espía también en el impassible rostro de su dueño un gesto que impela su brazo.

—Debo herir?

—Todavía no.

El semblante del moro deja traslucir la agitacion que tiene cabida en su alma. Oh! es tan bella!

Cielos!... Una negra nube cruza por la frente del moro. Si... si: teme ser vencido, y de un golpe derriba el pebetero que iluminaba los perfilados contornos de la hermosa que duerme, que duerme si, quizá para no mas despertar.

Otra vez reina el silencio en la

oscuridad, pero este silencio es terrible, atroz, desolador como el remordimiento que emponzoña el corazón de un criminal.

Una voz se escucha... es una voz bronca como el lúgubre tañido de la campana que convida a rezar para los muertos.

—Hiere.

Y el esclavo hirió.

Gracias, gracias, mi esclavo de broncado color; esta puñalada hiere también el corazón de un cristiano.

Victor Balaguer.

A el monumento

DE SAN RAFAEL.

Alzas la frente desde ahí adorando
al Dios eterno, á cuyo lado asistes:
la intemperie resistes
en esa altura, sin cesar rogando
por Córdoba querida,
y pides por su vida
á la par que de ahí la estás mirando.

Y ya en oscura noche te miremos
en ese pedestal, ya en la mañana,
ó en la tarde galana,
tu efigie en resplandores cotemplemos,
una celeste guarda,
á quien nada acobarda,
velando siempre por nosotros vemos.

Si, digo por nosotros, porque creo
que tu también á la provincia atiendes,
que á Córdoba defiendes:
y si no, de la altura en que te veo,
inclina tu mirada
no será desechada,
del que te admira en colosal trofeo.

Córdoba, Mayo de 1845.

F. M. Heredia.

UNA NOCHE

de Ventorrillo.

Mi fuerte es viajar, ver mundo, caras y costumbres, que aunque en sí sean viejas, no lo sean para mí. Llevado de este deseo insaciable é incorrejible, no obstante los malos ratos que me ha proporcionado, determiné cierto año hacer una caminata mas en grande, mas al por mayor que todas las anteriores: catorce leguas ni mas ni menos. Dicho ya, esperé con impaciencia pasase lo mas rigoroso del invierno: pero infructuosamente, por que el invierno se dilató y quizá por primera vez desde la creación aquel año no tuvo á bien sonreír la primavera. En vano consultaba el termometro veinte veces al dia: cada vez le encontraba mas bajo, y desesperanzado ya de poder emprender mi viaje en la templada estacion de los amores, aplacé mi salida para mediados de Junio.

El dia llegó y salí para mi peregrinacion escollto por el agua, el viento, la nieve y el granizo. «Poco importa, dirán mis lectores, si iba en algun bario de vapor» Efectivamente poco importaria en este caso: pero desgraciadamente no era así: viajaba en *tierra firme*: tampoco podia ser en coches de vapor, porque mi viaje era por España, y ya se ve, ... no podia ser en diligencia, galera &c, porque era camino de herradura: ni en caballo, porque en el punto de donde salí no los había de alquiler; tampoco podia ser en mulo porque mis conductores eran harrieros pobres y no tenían mas que malos burros, y uno de ellos, quizá el peor, era el que me estaba destinado.

Cinco horas habian transcurrido desde la convenida para salir, cuando tube el honor de verme atajado sobre el escesivamente domesticado alazan, y ya casi de noche rompí la marcha.

Si fuera mi objeto hacer mencion de todos los contratiempos acaecidos durante las seis horas largas que invertiria en las cuatro leguas cortas que caminé en una noche oscura y tormentosa, atravesando sobre un mal jumento lo mas agrio de Sierra morena, habria seguramente materia para una coleccion de artículo; pero pasémoslo en silencio, para ir de lleno al ansiado punto de descanso, del término de la jornada, al suspirado ventorrillo.

El ladrido de varios perros me hizo conocer estabamos inmediatos á el, y ya habia hecho alto la carabana, sin que la oscuridad de la noche me hubiese permitido distinguir sus denegridas paredes. No sin alguna dificultad, por lo causado y aterido que iba, logré echarme abajo de la caballeria, quedando al caer enclavado hasta la rodilla en medio del cenagal de una hedionda laguna, de la que quizá no hubiera salido sin el trabajo ausiliar de mis conductores, que me llevaron de la mano hasta la puerta del ventorrillo.

Todos, y á cual mas podia, empezamos á golpear la puerta, pero nuestros golpes, que acompañados del ladrido de los perros hubieran podido despertar y hacer hablar al colegio de sordos-mudos, no fueron suficientes á producir ni uno ni otro efecto en los habitantes de aquel castillo, que con razon hubiera creído D. Quijote encantado.

Los harrieros maldecian y echaban ternos, y opinaban por que tomaramos la venta por asalto, arraacau-

do una de las mal unidas tablas, pero yo me opuse, no solo por que lo creia un paso anti-constitucional, sino porque creia muy peligroso pasar por la brecha estando encomendada á quince ó veinte perros, cuyos hocicos a omaban por entre las juntas de las tablas. Pero por fin al cabo de media hora larga de estrepitosas descargas de cañon, logramos oir la destemplada y aguardientosa voz del ventero que se acercaba riendo á los perros y maldiciendo á los peresosos harrieros que á aquella hora le hacian levantar. Se acercó á la puerta; estuvo enterándose muy despacio de quienes eramos, de donde venamos y á donde ibamos y despues de todo ello quitó el grueso taancon de encina que sujetaba la puerta, y entramos.

Lo que dentro me sucedió será el asunto del número siguiente.

El Judío errante.

POESÍA

Murió mi felicidad
y con ella mi consuelo;
si respiro en este suelo
es solo por ti, muger.
Mi amistad sincera y pura,
trócose triste en amor,
y fué llanto, fué dolor,
y eterno mi padecer.

Confundi con el amor
mi ventura y tu amistad,
y solo al ver tu beldad
descansaba el corazon.
Yo buscaba tu constancia,
y enamorado y amante,

creia hallar delirante,
mas todo fue una ilusion:

De mi apartaste tu vista:
en tu rigor, desdeñosa,
á mis sueños siempre hirm sa
aparecer yo te vi.
Mi amistad y amor hu eron
tan veloces como el viento,
y no mas tu dulce acento
resonar de amor senti.

Y en mi triste sentimiento
la dulce calma volviera
una mirada hechizera,
que auyentase mi penar.
Y solo y desventurado
arrastro yo mi existencia,
sin esperar que clemencia
venga el delirio á calmar.

Por ti canto doloroso,
hermosa como la aurora,
el amor que me devora
un tiempo alegre entonó.
Mas fugaz aquel momento
en que el alma te adorara,
y que al pecho entusiasmara,
cual leve soplo pasó.

R. Martinez.

MEMORIA

sobre el hospital de
SAN SEBASTIAN,

(hoy casa de espósitos.)

En la peste que sufrieron nuestros mayores por los años de 1363, en Andalucía se estendió considerablemente, y á Córdoba le tocó una

gran parte: sus habitantes lloraron la muerte de paisanos y amigos que habian sido presas de tal mortandad.

Varios señores de esta ciudad formaron una cofradia bajo la advocacion de S. Sebastian, con el objeto de edificar un hospital, pues habia mucha falta para que los infelices que no se podian mantener en sus casas, hallasen un asilo morir ó pasar las enfermedades que Dios les destinaba.

No hallando sitio para hacerle, pidieron al cabildo eclesiástico les concediese algun terreno, el cual, el mismo año de 1363, les dió un solar para que realizasen su filantrópica idea.

Ya acabado, la cofradia no quiso cuidar mas de él, y lo abandonaron al cabildo que aumentó sus rentas y posesiones: viendo era pequeño para Córdoba, trató mudarle á un corral llamado de Cardenas, y en 1512 se empezó á hacer la obra, cuidando de ella el Chantre D. Pedro Ponce de Leon, y se hizo con la perfeccion que hoy se vé.

Despues sirvió de hospital de convalecientes, y luego para los locos: el año de 1816 mandaron mudar á él los espóritos y permanecen en el dia.

El célebre escritor Ambrosio de Morales pidió al cabildo un aposento en él hasta su muerte acaedida en 1591.

Teodomiro R. de Arellano



(Continuacion.)

IV.

La ausencia del capitán solo du-

ró un mes: durante ella todo fue bien, Maria no se separó de Doña Eulalia, con esta fué á los paseos, al teatro, y sin ella á nada: solo Teodoro, con pretexto de dar compañía á los jóvenes, todas las tardes se iba allí y se quedaba hasta la conclusion de la tertulia de la noche: tocaba muy bien la guitarra, y este era otro motivo para sus largas visitas. Maria no podia ya disimular que amaba á aquel hombre; al presentarse este, cambiaba al momento de color, la alegría de su alma resplandecía en sus ojos, estaba atenta á sus menores palabras, escuchaba embebecida sus bulliciosos cantares, y nada entonces la llamaba la atencion mas que Teodoro... en fin, no podia ya ocultar su perjurio; no podia ocultar su amor á otro hombre y su infidelidad para aquel que se la jurara al pie de los altares.... Ah! Maria era infiel, era perjura.

Enrique volvió de su comision, y su agradecimiento era sin limites para con su protectora Doña Eulalia. Desde entonces las visitas de Teodoro no fueron tan frecuentes ni tan largas... era criminal con su amigo.

Hacia ya algunos dias de la vuelta de Enrique: una mañana se encontraba este escribiendo en su despacho, inmediato á la escalera principal de la casa; sintió pasos que entraban y aquellos no subieron: habian seguido ácia las habitaciones bajas y creyó reconocer en ellos á Teodoro: su sangre se inflamó; se levanta, y pregunta por Maria; Maria habia bajado por la escalera interior á dar algunas órdenes á los asistentes. Enrique vuela al sitio donde ha ido su muger: tenia puestas unas babuchas árabes y llega sin ser sentido hasta la pequeña escalera: parase, escucha,

y la voz de Teodoro vino á herir sus oídos al mismo tiempo que la de su muger.

Se agarra al pasamanos y se desliza sin tocar los escalones hasta la última meseta, y allí se detiene á mirar los criminales: sus ojos quieren despedir fuego, y los contempla por algun tiempo sin que estos le perciban, tan estasiados estaban en su plática amorosa: al fin levantan la cabeza, le miran y quedan cual si fuesen de marmol.

=Bien, muy bien, dice Enrique; esto se compone, para ti con la espada, para ella con una clausura eterna.

Al acabar estas palabras vuelve por donde bajó, y se dirige á su cuarto encerrándose en él.

M. Diez F. de Córdoba.

(Se concluirá.)

Modas.

—GORROS:—de paja de Italia son los mas elegantes adornados de guirnalda de sicómoro, ó con un ramillete de laurel rosa, y de hojas de arce. Los calados se forran de raso azul ó lila para que resalte mas el dibujo, entonces deberán adornarse con una media corona de rosas y clemáticas.

—VESTIDOS:—Su hechura sencilla: los cuerpos deben ser lisos: notase ciertas innovaciones en las mangas que pronostican una importante transformacion. En las telas ligeras como las muselinas de seda, los organdis, los tarlatanes &c, se siguen guarneciendo de cintas ó de

blondas; en los demas se suele festonear las estremidades. =En punto á mingas largas, las mas elegantes son las llamadas *à la ru-a*: sujetas arriba por una abrazadera de blonda ó de raso, segun la tela del vestido, se ensanchan á medida que descenden; luego se fruncen y ajustan á la muñeca. =Las franjas y los flecos vuelven á estar en boga: pónense en las faldas, en las manteletras y hasta en los sombreros. La muselina de la India es la tela mas preferida en el Estio: los dibujos que se ven este año son bellisimos por su efecto y novedad: los fondos claros con rameado oscuro prevalecen decididamente. La batista cruda goza tambien de gran fama; pero aun mayor lo alcanza el pelo de cabra para trages de campo, en estos se aumenta su efecto con *agremanes* anchos y variados. Acerca de colores, el rosa, azul celeste y el blanco, continúan siendo los favoritos, y este capriche de la moda goza la ventaja de sentar bien indistintamente á casi todas las fisonomias. =Las *echarpes* á la oriental son de rigor por la tarde, como por la mañana las manteletras. Estas tienen algo de antiguo por recordar los tiempos de nuestras abuelas. La *echarpe* tiene mucha elegancia é idealismo que agrada y seduce á la imaginacion. Las *echarpès* son de cachemir, las napolitanas, y las turcas son lindisimas; y las mas elegantes de crespon chinésco, bordadas con dibujos árabes. =Para trages de casa los delantales de raso, de muare ó de casimir, han llegado á ser cosa indispensable en nuestra sociedad: nadie quiere aparecer como ocioso, y el delantal es un signo de trabajo, de ocupacion.

M. D.

ANUNCIOS.



INSOMNIOS DEL ESTIO.



Coleccion de novelas originales y tradiciones populares y leyendas, bajo la direccion de *Don Ramon de Valladares y Saavedra y D. Victor Balaguer.*

Un objeto solamente se propone el editor de la obra que hoy anunciamos; presentar al bello sexo una coleccion de tomos entretenidos, que puedan formar una linda *biblioteca de Tocador.* La novela es, á su juicio, el género de literatura mas amena, al paso que se presta mas al gusto de todo el público: preferiremos siempre las novelas que sean originales, pero aun cuando tengamos este propósito, no somos tan esclusivistas ó tan declamadores, que no escojamos de entre las obras francesas las que creamos útiles á nuestro propósito. Las tradiciones populares y las leyendas serán todas de nuestro pais, y las últimas irán adornadas con las galas de la poesia: con esto tributamos un grato recuerdo á nuestras antiguas costumbres, recreando la imaginacion.

La primera novela que se publicará será *Parodias de Verdades*, original de los acreditados jóvenes Valladares y Saavedra y Cápua, de la cual, con otro titulo, han hablado ya ventajosamente varios periódicos.

Esta coleccion se publicará por tomos en 15.^o en letra clara, elegante y tan compacta, que cada tomo contendrá la materia de uno de 300 páginas. El primero saldrá en

el próximo Julio, no teniendo los demas periodo fijo, pero aseguramos que se conciliará la rapidez con la correccion cuanto nos sea posible.

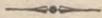
Se suscribe en Madrid, á 4 rs. tomo, en las librerias de *Sanchez*, calle de la Concepcion: en Cordoba en la Redaccion del Liceo y establecimiento tipográfico de los Sres. Garcia y Manté.



EL NUEVO METEORO.



Publicado en Cádiz: cuenta entre sus colaboradores la distinguida poetisa Doña Angela Grassi, y el apreciable jóven literato D. Victor Balaguer, director del Genio de Barcelona.



EL PORVENIR.



Periódico que se publica en Santiago, dirigido por D. Antolin Faraldo, cuyos articulos son de lo mejor que se escribe en la Península por todos conceptos.

Se admiten suscripciones en la imprenta de este periódico.



Retrato de D. Agustin Arguelles,

tamaño un pliego marquilla á 3 rs. en Madrid y 4 en las provincias.

Director.—*Manuel Diez F. de Córdoba.*

CORDOBA.

Establecimiento tipográfico de Garcia y Manté calle de la Libreria núm. 2.—1845.